

forman una densa nube que se eleva hasta el cielo. Penden festones de las columnas del templo, son de oro todos los vasos que sirven para los sacrificios, y ciñe su recinto un bosque sagrado de mirtos. Solo pueden presentar las víctimas á los sacerdotes y atreverse á encender el fuego en los altares, los jóvenes varones ó las hembras de extraordinaria belleza; mas deshonran aquel magnífico templo la disolución y la impudencia.”

(*Telemaco.*)

NOTA E. PAG. 484.

Esta cita formaba parte de texto en las dos primeras ediciones.

“Todo el ámbito de Jerusalem está rodeado de montes elevados; pero los sepuleros de la familia de David, cuyo lugar se ignora, deben colocarse en el monte Sion. Con efecto, hace quince años, habiéndose desplomado uno de los muros del templo, que, como ya he dicho, está en el monte de Sion, mandó el patriarca á un sacerdote que lo reparase con las piedras que se encontraban en los cimientos de las murallas de la antigua Sion. Para ello trató dicho sacerdote con cerca de veinte obreros, entre los cuales habia dos que eran amigos, y vivian muy unidos: uno de ellos llevó cierto dia al otro á su casa para darle de almorzar, y volviendo al trabajo despues de haber comido juntos, el inspector de la obra les preguntó por qué habian tardado tanto, á lo cual contestaron que compensarian esta falta con una hora mas de trabajo. Cuando los demás trabajadores se fueron á comer, y éstos se ocupaban en el trabajo extraordinario que habian prometido, levantaron una piedra que cerraba la abertura de una cueva, y se dijeron uno á otro: veamos si hay ahí bajo algun tesoro escondido. Entraron y encontraron un palacio sostenido por columnas de mármol, y cubierto de láminas de oro y de plata. A la parte anterior habia una mesa, sobre la cual se veia un ce-

tro y una corona: aquel era el sepulcro de David, rey de Israel; el de Salomon, con los mismos ornamentos, estaba á la izquierda, como igualmente otros muchos reyes de Judá, de la familia de David, que habian sido sepultados en aquel lugar. Tambien se encontraron algunos cofres cerrados; pero todavía se ignora lo que contenian. Queriendo los dos trabajadores penetrar en el palacio, se levantó un torbellino de viento, que entrando por la abertura de la cueva los derribó en el suelo, en donde permanecieron como muertos hasta la noche. Otro soplo de viento los despertó, y oyeron una voz parecida á la de un hombre que les dijo: *Levantaos, y salid de este sitio.* El espanto de que se hallaban poseidos, los hizo retirar apresuradamente, y refirieron lo que les habia sucedido al patriarca, el cual hizo que lo repitiesen en presencia de Abraham de Constantinopla, el fariseo llamado el Pio, que se hallaba entonces en Jerusalem. Háiale enviado á llamar para preguntarle cuál era su opinion en aquel suceso, á lo que respondió que aquel sitio era el panteon de la familia de David, erigido por los reyes de Judá. Al dia siguiente se encontraron aquellos dos hombres en sus camas gravemente enfermos por el miedo que habian pasado, y no quisieron volver por ningun precio á aquel lugar, asegurando que á ningun mortal le era permitido penetrar en un lugar cuya entrada prohibia Dios; y en su consecuencia fué cerrada por orden del patriarca, y hasta ahora ha permanecido oculta.”

Esta historia parece una reproduccion de la que refiere Josefo hablando del mismo sepulcro.

Habiendo intentado Herodes el Grande abrir el féretro de David, salió de él una llama, que le impidió llevar adelante su designio.

NOTA F. PAG. 490.

Esta cita estaba comprendida en el testo en las dos primeras ediciones.

“Apenas, dice Masillon, el alma santa del Salvador hubo aceptado el ministerio sangriento de nuestra reconcilia-

cion, cuando ya la justicia de su Padre empezó á mirarle como un hombre de pecado. Desde entonces ya no vió en él á su Hijo amado, en quien habia colocado todas sus delicias, sino que solo vió una hostia de expiacion y de cólera, cargada con todas las iniquidades del mundo, y á la que no podia dispensarse de inmolar á toda la severidad de su venganza. Y desde aquel momento, todo el peso de su justicia empezó á caer sobre aquella alma pura é inocente; y aquí es donde Jesucristo, como verdadero Jacob, va á luchar toda la noche contra la cólera del mismo Dios, y á consumir anticipadamente su sacrificio; pero de una manera tanto mas dolorosa, cuanto que su alma santa va á espirar, por decirlo así, bajo los golpes de la justicia de un Dios irritado, al paso que en el Calvario solo será entregado al furor y al poder de los hombres.

“El alma del Salvador, llena de gracia, de verdad y de luz, ve el pecado en todo su horror; ve el desórden, la injusticia, el borron indeleble del género humano; ve sus deplorables consecuencias; la muerte, la maldicion, la ignorancia, el orgullo, la corrupcion, todas las pasiones que nacieron de aquel fatal origen, y se hallan derramadas por toda la tierra. En este momento doloroso se le presenta la duracion de todos los siglos, y desde la sangre de Abel hasta el último dia, solo ve sobre la tierra una série no interrumpida de crímenes; recorre la espantosa historia del universo, y nada se le oculta de cuanto puede contribuir á aumentar el horror de su tristeza: mira establecidas entre los hombres las supersticiones mas absurdas; borrado el conocimiento de su Padre; erigidos en divinidades los crímenes infames; los adulterios, los incestos, las abominaciones tener templos y altares propios: la impiedad y la irreligion abrazada por los mas moderados y prudentes. Si mira hácia los siglos cristianos, descubre en ellos los futuros males de su Iglesia, los cismas, los errores, las disensiones que debian destrozár el precioso misterio de su unidad, las profanaciones de sus altares, el indigno uso de los sacramentos, la estincion casi total de su fe, y restablecidas entre sus discípulos las corrompidas costumbres del paganismo.

“No pudiendo, pues, esta alma santa sobrellevar el peso de sus males, y detenida por otra parte en su cuerpo por el rigor de la justicia divina, triste hasta la muerte, y no pudiendo morir, imposibilitada de acabar sus penas ni de poder sufrirlas, parece que combate con el desfallecimiento y los dolores de su agonía contra la muerte y contra la vida, y un sudor de sangre que baja hasta el suelo, es el triste fruto de sus penosos esfuerzos: *Et factus est sudor ejus sicut gutta sanguinis decurrentis in terram.* Padre justo, ¿todavía se necesitaba sangre en este sacrificio interior de vuestro hijo? ¿No basta que deba ser derramada por sus enemigos? ¿Es menester que vuestra justicia se apresure, por decirlo así, á verla derramar?”

NOTA G. PAG. 491.

Esta cita formaba parte del testo de las dos primeras ediciones.

“La destruccion de Jerusalem, anunciada y llorada por Jesucristo, merece ciertamente que nos detengamos en ella. Escuchemos, pues, á Josefo, testigo presencial de este acontecimiento. Tomada la ciudad, un soldado puso fuego al templo.

“Mientras el fuego devoraba de este modo aquel templo magnífico, los soldados, ansiosos de robar, mataban á cuantos encontraban, sin consideracion á la edad ni á la condicion. Los ancianos y los niños, los sacerdotes y los legos, todos eran pasados á cuchillo; todos se encontraban confundidos en aquella carnicería general, sin que fuesen tratados con mas humanidad los que suplicaban, que los que tenian aliento para defenderse hasta el último trance. Los gemidos de los moribundos se mezclaban entre los estallidos del fuego, que por todas partes penetraba; y el incendio de un edificio tan vasto, unido á la elevacion en que tenia su asiento, hacian creer á los que no le veian sino de muy lejos, que estaba ardiendo toda la ciudad.

“No puede imaginarse cosa mas terrible que el ruido que por todas partes resonaba; porque ¿cuál no debia ser el que harian en su furor las legiones romanas? ¿Qué gritos no lanzaban los facciosos que se veian rodeados por todas partes de hierro y de fuego? ¿Cuáles no serian los lamentos del pobre pueblo, que hallándose entonces en el templo estaba tan poseido de espanto, que queriendo huir se arrojaba en medio de los enemigos? ¡Y qué confusas voces no levantaba hasta el cielo la multitud de los que desde encima de la montaña opuesta al templo, contemplaban un espectáculo tan espantoso! Aquellos mismos á quienes el hambre habia reducido á la estremidad, que ya la muerte estaba pronta á cerrarles para siempre los ojos, al ver el incendio del templo, reunian las pocas fuerzas que les quedaban para lamentar aquella extraordinaria calamidad; y el eco de los montes circunvecinos y del país que está á la otra parte del Jordan, aumentaba todavía aquel ruido horrible; pero por muy espantoso que fuese, lo eran mas todavía los males que le causaban. El fuego que devoraba el templo era tan grande y tan violento, que hasta los cimientos del monte en que se hallaba edificado, parecia que estuviesen ardiendo. La sangre corria con tal abundancia, cual si quisiera disputar al fuego su dominio. El número de los muertos era superior al de los que los sacrificaban á su cólera y á su venganza: el piso estaba cubierto de cadáveres, y los soldados corrian sobre ellos para seguir por un camino tan horrible á los que huian

“Cuatro años antes de principiarse la guerra, cuando Jerusalem se hallaba aún en el seno de la paz y de la abundancia, Jesus, hijo de Anani, que era un simple paisano que habia venido á la fiesta de los tabernáculos, que se celebra todos los años en el templo en honor de Dios, empezó á gritar: “Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra los recién casados, voz contra todo el pueblo.” Y no cesaba dia y noche de recorrer la ciudad repitiendo lo mismo. Algunas personas de calidad, no pudiendo sufrir

palabras de tan mal agüero, le hicieron prender y dar muchos azotes

“Mas á cada golpe que le daban, repetia con voz lastimera y lamentable: “¡Ay! ¡ay de Jerusalem!”

“Llegado el sitio de Jerusalem, se vió el efecto de sus predicciones. Entonces, corriendo alrededor de los muros de la ciudad se puso á gritar de nuevo: “¡Ay! ¡ay de la ciudad! ¡Ay del pueblo! ¡Ay del templo!” Y habiendo añadido: “¡Y ay de mí mismo!” cayó sobre él una piedra lanzada por una máquina, y le derribó en el suelo, en donde murió profiriendo las mismas palabras.”

NOTA H. PAG. 492.

“Se verá, dice el mismo Masillon, al Hijo del hombre que desde lo alto de los aires recorre con los ojos los pueblos y las naciones, confundidos y reunidos á sus piés, leyendo en este espectáculo la historia del universo, esto es, de las pasiones ó de las virtudes de los hombres: se le verá reunir á sus elegidos de los cuatro vientos, elegirlos de toda lengua, de todo estado, de toda nacion; reunir á los hijos de Israel dispersos por todo el universo; esponer la historia secreta de un pueblo santo y nuevo; presentar en la escena algunos héroes de la fe, hasta entonces desconocidos del mundo, y no distinguir ya los siglos por las victorias de los conquistadores, el establecimiento ó la decadencia de los imperios, la civilizacion ó la barbarie de los tiempos, ni los grandes hombres que cada edad ha producido; sino por los diversos triunfos de la gracia, por las victorias ocultas de los justos sobre sus pasiones, por el establecimiento de su reino en un corazon, por la heroica fortaleza de un fiel perseguido.

“Ordenada así la disposicion del universo, separados de esta manera todos los pueblos de la tierra; inmóvil cada uno en el lugar que le haya correspondido; pintados en el semblante de los unos la sorpresa, el terror, la desespera-

cion y la confusion, y en el de los otros la alegría, la serenidad y la confianza; levantados los ojos de los justos hácia el Hijo del hombre, de donde esperan su salud, y los de los impíos fijos de un modo espantoso sobre la tierra, y penetrando casi los abismos con sus miradas, como para descubrir ya en ellos el lugar que les está destinado.”

NOTA I. PAG. 494.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

Toda esta historia la recopila Bossuet en algunas páginas; mas estas páginas son sublimes.

“Sin embargo, la envidia de los fariseos y de los sacerdotes le conduce á un suplicio infame; sus discípulos le abandonan; uno de ellos le vende, y el primero, el mas celoso de todos, le niega por tres veces. Acusado ante el consejo, honra hasta el fin el ministerio de los sacerdotes, y contesta en términos precisos al pontífice que le interrogaba jurídicamente; mas era llegado el momento en que debía ser reprobada la sinagoga. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque decia ser el Cristo Hijo de Dios. Entréganle á Poncio Pilatos, presidente romano: este juez conoce su inocencia; mas la política y el interés le hacen obrar contra su inocencia; y el justo es condenado á muerte. El mayor de todos los crímenes da ocasion á la obediencia mas perfecta que se vió jamás: Jesus, señor de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los malvados, y ofrece este sacrificio, que debía ser la expiacion del género humano. En la cruz mira en las profecías lo que le quedaba que hacer: lo acaba y dice en fin: “Todo está consumado.”

“A estas palabras todo cambia en el mundo: cesa la ley, pasan las figuras, y los sacrificios son abolidos por una oblation mas perfecta. Hecho esto, espira Jesucristo dando un gran grito: conmuévase toda la naturaleza; el centurion que

le guardaba, admirado de semejante muerte, esclama que aquel es verdaderamente el Hijo de Dios; y los espectadores se retiran dándose golpes en el pecho. Resucita al tercer dia, y se aparece á sus discípulos, que le habian abandonado, y se obstinaban en no creer en su resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan; quedan convencidos.

“Sobre este fundamento emprenden doce pescadores la obra de convertir al mundo entero, al que veian tan opuesto á las leyes que tenian que prescribirle y á las verdades que habian de anunciarle. Tienen orden de empezar por Jerusalem y esparcirse desde allí por toda la tierra, para instruir á todas las naciones, y bautizarlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Jesucristo les promete que estará con ellos hasta la consumacion de los siglos; asegura con esta promesa la perpetua duracion del ministerio eclesiástico; y dicho esto se sube á los cielos en su presencia.”

NOTA J. PAG. 508.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

“Vióse el rey atacado de la misma disenteria que padecia el ejército; y aunque si hubiese querido, hubiera podido preservarse en las galeras, decia que preferia morir á abandonar á su gente. Empezó á llamarnos y á gritarnos que nos quedásemos, instándonos para que no nos moviésemos hasta que él nos diese permiso para embarcarnos. Ahora os diré el modo y manera como el rey fué hecho prisionero, segun él mismo me lo contó. Decia, pues, que dejando sus guardias y su hueste, se pasó en compañía del señor Godofre de Sergine al cuerpo que mandaba el señor Gauttier de Chatillon, que formaba la retaguardia. Montaba el rey un caballito cubierto con una mantilla de seda; y segun despues oí decir, de todos sus guardias solo le quedó el buen

caballero Godofre de Sergine, con el cual se dirigió hasta un pueblo llamado *Casel*, donde fué el rey hecho prisionero. Pero le oí contar que antes que los turcos pudiesen cogérle, el señor Godofre de Sergine le defendió como el leal servidor defiende de las moscas el manjar destinado á su señor. Porque siempre que los turcos se acercaban, Godofre le defendía á tajos y estocadas, y parecía que á cada golpe se doblaba su fuerza y su noble denuedo. Desviaba del rey todos los golpes, y así le condujo hasta el lugar de *Casel*, donde le colocaron en el regazo de una labradora, que era natural de Paris. Allí le creyeron muerto, y no esperaban que pudiera pasar de aquel dia.”¹

Era ya un golpe sorprendente de la fortuna el haber entregado á uno de los mas grandes reyes de Francia en manos de un jóven soldan de Egipto, último vástago del gran Saladino. Mas esta fortuna que dispone de los imperios, queriendo, por decirlo así, mostrar un dia el exceso de su poder y de sus caprichos, hizo degollar al rey vencedor á los ojos del rey vencido.

“Y viendo el soldan, que era todavía jóven, el odio con que era mirada su persona, se retiró á la elevada torre que tenia cerca de su cámara, de la que ya dejó hecha mencion. Porque sus gentes, sin exceptuar los de la *Haugua*, habian ya rendido sus banderas y rodeaban aquella torre á donde se habia retirado. Dentro de la torre estaban tres de sus obispos que habian comido con él, los cuales le escribieron que bajase. Contestóles que bajaria de buen grado si le daban seguridad, á lo que le contestaron que le harian bajar por fuerza, pues ya no estaba en *Damieta*; y luego empezaron á echar fuego griego sobre la torre, y como ésta, segun ya he dicho, estaba formada de tablas de pino y de lienzo, quedó al momento abrasada; y por cierto que jamás he visto un fuego mas hermoso é instantáneo. Cuando el sultan se vió acosado por el fuego, bajó por la via del *Prael*, de que ya tengo hablado, y echó á correr hácia el rio; y cuando huia, uno de los caballeros de la *Haugua* le hirió, metiéndole una gran espada por las costillas;

¹ Joinville.

el soldan se arrojó en el rio con la espada clavada, y lanzándose tras él nueve caballeros, le mataron dentro del rio, muy cerca de nuestra galera. Luego que el soldan fué muerto, uno de dichos caballeros, que se llamaba *Faracataie*, le abrió, le sacó el corazon, y dirigiéndose donde estaba el rey, con la mano aún ensangrentada, le preguntó: “¿Qué me darás por haber muerto á tu enemigo, que si hubiera vivido te hubiera hecho morir á tí?” A cuya pregunta no contestó una sola palabra el buen rey San Luis.”

NOTA K. PAG. 510.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

Merece transcribirse el cuadro del reino de Jerusalem que trazó el abate Guénée; porque seria temeridad el querer mejorar una obra que solo peca por algunas omisiones voluntarias, y en la cual el autor, no pudiendo sin duda decirlo todo, se contentó con indicar los rasgos principales.

“Este reino, dice, se estendia de Poniente á Levante, desde el mar Mediterráneo hasta el desierto de la Arabia, y del Mediodía al Norte, desde el fuerte de *Daro*, mas allá del torrente de Egipto, hasta el rio que corre entre *Berito* y *Biblos*; y de consiguiente, comprendia desde luego las tres *Palestinas*, que tenian por capitales la primera á Jerusalem, la segunda á *Cesarea marítima*, y la tercera á *Bethsan*, despues *Nazaret*; abrazaba además todo el país de los filisteos, toda la *Fenicia*, con la segunda y tercera Arabia, y algunas partes de la primera.

“Este Estado tenia dos jefes, el patriarca, que era el señor espiritual, y el rey, que era el señor temporal.

“La jurisdiccion del patriarca se estendia á los cuatro arzobispados de *Tiro*, *Cesarea*, *Nazaret* y *Krak*; y tenia por sufragáneos los obispos de *Betlem*, de *Lido* y de *Hebron*; tambien dependian de él los seis abades del *Monte Sion*, de la *Latina*, del *Templo*, de *Monte Olivete*, de *Josafat* y de *San Samuel*, el prior del *Santo Sepulcro*, y las tres